

David Carrasco

# Los aztecas

Una breve introducción



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *The Aztecs. A Very Short Introduction*  
Traducción de Javier Alonso López

Publicado originalmente en inglés en 2012. Esta traducción se ha realizado por acuerdo con Oxford University Press

Primera edición: 2013  
Tercera reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Ilustración de cubierta: Guerrero águila (s. XV), Museo del Templo Mayor, México D.F.  
© Index-Bridgeman  
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2012 by David Carrasco  
© de la traducción: Javier Alonso López, 2013  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2013, 2024  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-206-7824-5  
Depósito legal: M. 24.855-2013  
Composición: Grupo Anaya  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

11	Prefacio
13	1. La ciudad de Tenochtitlan: el centro del mundo azteca
35	2. Cimientos aztecas: Aztlán, ciudades, pueblos
65	3. Expansión azteca mediante la conquista y el comercio
96	4. Cosmovisión y sacrificio humano
121	5. Mujeres y niños: tejedoras de vida y collares preciosos
141	6. Juegos de palabras, filosofía, escultura
155	7. La caída del imperio azteca
170	8. El regreso de los aztecas
183	Bibliografía
191	Lecturas adicionales
199	Índice de ilustraciones
201	Índice analítico



*A los arqueólogos que excavaron el  
Templo Mayor azteca, y a Friedrich  
Katz, el primero que me enseñó la  
civilización azteca.*



# Prefacio

Escribir una introducción muy breve sobre los aztecas supone un largo viaje al pasado, a través de más de dos mil años de historia, para contemplar cómo surgió la vida urbana que ellos heredaron y reformularon entre 1300 y 1521 d. C. Supone también aclarar el empleo de los términos «azteca» y «Moctezuma», nombres que jamás utilizó la población que vivió en la ciudad de Tenochtitlan, ni la que tuvo algún tipo de relación con ella.

«Azteca» es un término procedente del náhuatl que significa ‘pueblo [procedente] de Aztlán’, el venerable lugar originario de los diferentes grupos étnicos que con el tiempo llegaron a dominar Mesoamérica central en el siglo anterior a la llegada de los europeos. Sin embargo, el pueblo al que llamamos «azteca» se identificaba a sí mismo con términos como «mexicas», «acollhuas» y «tenochcas». Fue a causa de la inmensa popularidad del libro *The History of the Conquest of Mexico* (1843), de

William H. Prescott, como el nombre «azteca» pasó a identificar para siempre a los diferentes grupos que componían el reino mexica. En este libro empleo los términos «mexica» y «azteca» indistintamente debido a la popularidad del segundo y la precisión del primero.

Los dos gobernantes mexicas a los que llamamos «Moctezuma» se llamaban Moctezuma Ilhuicamina y Moctezuma Xocoyotzin, respectivamente. Este último gobernó entre 1502 y 1520, y entró en el imaginario popular del mundo angloparlante y occidental como el rey que gobernó los «salones de Moctezuma»<sup>1</sup>. Utilizo la versión náhuatl para vincular de nuevo estos personajes con sus auténticos nombres.

Muchas gracias a los tres académicos que me ayudaron en la redacción de este libro: Eduardo Matos Moctezuma, Leonardo López Luján y, especialmente, mi colaborador durante muchos años, Scott Sessions.

1. El autor se refiere a la película norteamericana *Halls of Montezuma* (proyectada en España con el título de *Situación desesperada*) de 1950, dirigida por Lewis Milestone y protagonizada por Richard Widmark. (N. del T.)

# 1. La ciudad de Tenochtitlan: el centro del mundo azteca

Cuando el 8 de noviembre de 1519, Hernán Cortés, acompañado por varios miles de expertos guerreros indígenas que iban con él como aliados, entró con quinientos soldados españoles en la capital azteca, los europeos quedaron maravillados ante la enorme y espléndida ciudad que se alzaba en el centro del lago Texcoco. Uno de aquellos soldados, Bernal Díaz del Castillo, nos ha transmitido cuál fue su primera impresión:

Y que desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel cómo iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y *cúes* [pirámides] y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de calicanto, y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían si era entre

sueños [...], de la manera de los palacios donde nos aposentaron, de cuán grandes y bien labrados eran, de cantería muy prima, y la madera de cedros y de otros buenos árboles olorosos, con grandes patios y cuartos, cosas muy de ver, y entoldados con paramentos de algodón.

El tamaño de los edificios y la gran multitud que dio la bienvenida a aquellos visitantes con vestimentas extrañas dejaron atónitos a los españoles. Contemplaron enormes palacios «muy lucidos y encalados y barridos y enramados [... con] sus grandes adoratorios de ídolos», algunos de los cuales estaban cubiertos con sangre. Tenochtitlan, la capital azteca situada en una isla, era en aquel momento una de las ciudades más grandes del mundo, con cerca de 200.000 habitantes. Sevilla, la mayor ciudad conocida por la mayoría de los conquistadores, tenía 60.000 habitantes, mientras que Londres estaba cerca de los 50.000. Las ciudades más grandes de la Tierra, París y Constantinopla, tenían aproximadamente 300.000 habitantes.

Tenochtitlan –la «gran ciudad de México», como se referían a ella los españoles–, era la sede suprema de un imperio político y económico formado por más de cuatrocientas ciudades y pueblos desperdigados por toda Mesoamérica central, y que se extendía a bastante distancia hasta otras zonas meridionales y orientales. Tenochtitlan era la sede sagrada y política hegemónica de una triple alianza establecida con las ciudades-estado de Texcoco y Tlacopan. Unidas, estas tres entidades políticas se esforzaban por controlar a más de cinco millones de personas repartidas en un área de más de 200.000 kilómetros cuadrados.

## 1. La ciudad de Tenochtitlan: el centro del mundo azteca

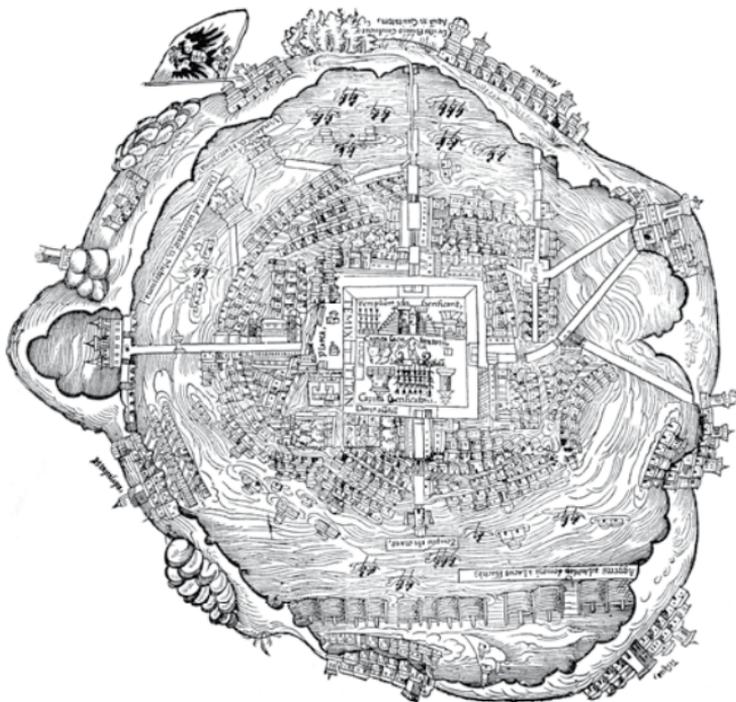


Fig. 1: Grabado de un mapa de Tenochtitlan embellecido con varias convenciones pictóricas europeas. Tomado de la primera edición de las *Cartas de Cortés*, impresa en 1524.

Sin embargo, la población, la complejidad social y el poder de esta ciudad se concentraban en una isla de apenas doce kilómetros cuadrados que, en realidad, unía los dos asentamientos separados de Tlatelolco y Tenochtitlan en un único núcleo. Irradiando desde esta ciudad insular, había más de una docena de calzadas que la comunicaban con nueve asentamientos urbanos menores ya

en tierra firme, lo que elevaba la población de esta megalópolis hasta cerca de los 300.000 habitantes. Tal como aprendieron rápidamente los españoles, la capital azteca era tanto una ciudad jardín de gran productividad agraria como el centro de un imperio fiscal que atraía y redistribuía grandes cantidades de suministros de alimentos y productos básicos. Este poderoso sistema económico convirtió a Tenochtitlan en el foco de las envidias y esperanzas de riqueza y dominación política por parte de los españoles. Su carácter de núcleo central y su vinculación con un mundo económico y político mucho más amplio resultó evidente a los ojos de los españoles apenas comenzaron a visitar la ciudad. Si hubiésemos tomado parte de aquella visita en noviembre y diciembre de 1519, he aquí algo de lo que podríamos haber visto.

Mientras los españoles caminaban a lo largo de la gran calzada que conducía al recinto ceremonial central, vieron muchos puentes bajo los cuales pasaban decenas de canoas que transportaban personas y productos a poblaciones y mercados vecinos. Luego fueron recibidos por «muchos principales y caciques con muy ricas mantas sobre sí, con galanía de libreas diferenciadas las de unos caciques de los otros, y las calzadas llenas de ellos». Por último, los visitantes contemplaron cómo el séquito del gobernante Moctezuma ('El que se enoja como un señor') Xocoyotzin ('el Joven') se acercaba a ellos. Conociendo en lengua náhuatl como el *tlatoani*, o 'gran orador', el rey apareció «debajo de un palio muy riquísimo a maravilla, y el color de plumas verdes con grandes labores de oro, con mucha argentería y perlas y *chalchibuis* que colgaban de unas como bordaduras, que hubo mucho que

mirar en ello». El «gran Moctezuma» iba adornado de la cabeza hasta los pies como un hombre-dios viviente que llevaba sandalias enjovadas con suelas de oro que jamás tocaban la tierra, mientras otros señores barrían el suelo y extendían mantos a su paso. Rodeado por otros ocho jefes ricamente ataviados, cuatro de los cuales sostenían un palio sobre su cabeza, mientras que los demás estaban atentos a cualquier movimiento suyo y protegían a este hombre-dios frente a los intrusos, el gobernante azteca saludó a los españoles.

Sin embargo, Cortés dio un *faux pas* inicial: se apeó del caballo y se dirigió hacia Moctezuma con los brazos abiertos para abrazar al gobernante azteca. Pero, a medida que se acercaba al cuerpo de Moctezuma, algunos de los asistentes del monarca lo impidieron con firmeza. Rápidamente la situación se tranquilizó gracias a los elaborados discursos de bienvenida por parte de Moctezuma (ayudado por doña Marina, la traductora india y amante de Cortés), quien dejó claro quién era la persona que ostentaba el poder y que los españoles eran bien recibidos como invitados. A continuación, los españoles fueron conducidos a sus aposentos dentro de la capital. Moctezuma intercambió regalos con Cortés, entregándole «un rico collar de oro de hechura de camarones, obra muy maravillosa, [...] y tres cargas de mantas de labores ricas de plumas». Cortés informaba en su carta al rey de España que se quitó un collar de perlas y piedras de vidrio que llevaba y se lo entregó a Moctezuma, quien extendió su riqueza alrededor de los capitanes de Cortés bajo la forma de baratijas de oro y mantos de plumas, y regaló un manto de tejido a cada soldado.

Durante los días siguientes, los españoles visitaron «una gran casa llena de [...] libros» (en realidad, códices con forma de biombo sobre los que estaban pintados los archivos de los calendarios, la historia y la geografía del imperio) y después las armerías reales

llenas de todo género de armas, muchas de ellas ricas, con oro y pedrería, donde eran rodela grandes y chicas, y unas como macanas, y otras a manera de espadas de a dos manos, engastadas en ellas unas navajas de pedernal, que cortan muy mejor que nuestras espadas.

A continuación se dirigieron a un enorme aviario repleto de innumerables especies de aves «desde águilas reales [...] y otras muchas maneras de aves de grandes cuerpos, hasta [...] quetzales, [...] donde hacen aquellos ricos plumajes que labran de plumas verdes». La admiración española se tornó en repulsión cuando fueron conducidos a la gran «casa del ídolo», que no sólo albergaba «dioses bravos», sino muchas especies de depredadores, incluidos jaguares, lobos y zorros a los que alimentaban con la carne de otros animales. Díaz del Castillo añadió entonces este informe de mal agüero: «y aun oí decir que cuerpos de indios de los que sacrificaban». La admiración española reapareció cuando su recorrido turístico los llevó hasta los talleres de los lapidarios y los artesanos del oro, donde vieron cómo los joyeros trabajaban con piedras preciosas y *chalchibuites*, que a los españoles les recordaron a las esmeraldas. También vieron a escultores y a tejedores cómo trabajaban con las plumas, además de una inmen-

sa cantidad de ricas telas con atractivos y complicados diseños.

Los españoles, siempre con un ojo puesto en las mujeres indígenas, no quedaron defraudados cuando vieron a un gran número de sirvientas de Moctezuma, hermosamente vestidas, que atendían a este y a sus nobles. También vieron «aposentos a manera de monasterios» donde las jóvenes doncellas eran guardadas e instruidas por «monjas» veteranas. Los españoles se solazaron en exuberantes jardines con dulces árboles aromáticos y hierbas medicinales, y quedaron maravillados con las lujosas viviendas de los nobles aztecas.

El interés español por la riqueza azteca aumentó cuando el grupo llegó a la plaza del mercado de Tlatelolco vecina al palacio, una plaza que, según Cortés, era, en tamaño, el doble que la de Salamanca y acogía cada día a sesenta mil personas. Díaz del Castillo añadía que «quedamos admirados de la multitud de gente y mercaderías que en ella había y del gran concierto y regimiento que en ello tenían. [...] cada género de mercaderías estaba por sí, y tenían situados y señalados sus asientos». Los tejedores, que hilaban algodón con muchos colores, les recordaron a algunos españoles el mercado de la seda de Granada. También les impresionó enormemente la presencia de diferentes inspectores y magistrados que mediaban en las diputas y mantenían el orden entre la bulliciosa multitud. En un momento de su recorrido, los españoles fueron conducidos a la cima de una de las grandes pirámides para que tuvieran una panorámica a vista de pájaro de Tenochtitlan, lo que impulsó a Díaz del Castillo a establecer entusiastas comparaciones con las grandes ciudades de Europa:

tornamos a ver la gran plaza y la multitud de gente que en ella había, [...] que solamente el rumor y zumbido de las voces y palabras que allí había sonaba más que una legua, y entre nosotros hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla, y en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto y tamaño y llena de tanta gente no la habían visto.

Pronto, los españoles fueron testigos de un gran banquete presidido por Moctezuma en el que se prepararon para él y su séquito de nobles sirvientes y guardias más de treinta platos, entre ellos conejo, carne de venado, jabalí y muchos tipos de aves. El gobernante se sentaba sobre un escabel blando y ricamente trabajado junto a una mesa con manteles de algodón blanco que era servida por cuatro hermosas mujeres que le traían aguamaniles, toallas y panes de torta. Sentado detrás de una especie de puerta pintada de oro, se unían a él los principales funcionarios del gobierno y miembros de su familia, con los que compartía los mejores platos de la noche, incluida fruta procedente de lejanas regiones del imperio, así como una bebida de chocolate hecha con semillas de cacao que Moctezuma bebía en «copas de oro fino». Mientras se servían algunos de estos platos aparecían artistas:

unos indios corcovados, muy feos, [...] eran chocarreros, y otros indios que debieran ser truhanes, que le decían gracias y otros que le cantaban y bailaban, porque Moctezuma era aficionado a placeres y cantares, y [a] aquellos mandaba dar los relieves y jarros del cacao.

Entonces, Díaz del Castillo añadió un pasaje provocativo y enigmático acerca del sacrificio humano y el canibalismo en relación con el banquete:

Oí decir que le solían guisar carnes de muchachos de poca edad, y, como tenía tantas diversidades de guisados y tantas cosas, no lo echábamos de ver si era carne humana o otras cosas, [...] Y así no miramos de ello.

En la capital azteca, en los días y meses posteriores a su recorrido inicial, los españoles contemplaron otros muchos lugares y prácticas culturales. Pero al año y medio de su llegada, el orden social, la belleza arquitectónica y los alrededores de toda la ciudad insular estaban hechos añicos, y miles de personas habían muerto a causa de la guerra y las enfermedades. El precio humano pagado en este encuentro entre europeos y mesoamericanos fue tremendo para ambos bandos, pero en especial para los aztecas, cuya población se vería diezmada durante las décadas siguientes. Aunque, al final, los españoles resultaron ser los vencedores militares y políticos, uno de sus cronistas recordaba su terrible derrota durante la conocida como «Noche Triste»: los aztecas, hartos de los abusos de los españoles y del asesinato de un grupo de sacerdotes y bailarines durante una fiesta, atacaron a los intrusos y los expulsaron de la ciudad; muchos de ellos acabaron en el agua: «Pronto [con los cuerpos de hombres y caballos] el canal quedó lleno, con ellos cegado quedó. Y aquellos que iban siguiendo, sobre los hombres, sobre los cuerpos, pasaron y salieron a otra orilla».

Pero los mayores lamentos fueron los de los aztecas por su propia destrucción y derrota, como queda claro en las palabras de este poeta:

Estamos aplastados contra el suelo.

Yacemos entre ruinas.

Nada hay salvo dolor y sufrimiento en México y Tlatelolco donde una vez vimos belleza y valor.

Díaz del Castillo compartía este lamento cuarenta años más tarde cuando escribía: «Lo que estuve mirando, [...] ahora todo está por el suelo, perdido, que no hay cosa».

## Preguntas sobre los aztecas

Cuando los europeos conocieron los sorprendentes informes del descubrimiento y la conquista de Tenochtitlan, y leyeron posteriormente los relatos de los españoles acerca de las riquezas, asentamientos y prácticas religiosas de los indígenas que habitaban en la «Nueva España», surgieron varias cuestiones. La primera era si los pueblos mesoamericanos habían alcanzado, en efecto, el nivel de complejidad social y sofisticación simbólica características de una civilización urbana, tal como reflejaban los textos de Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo. ¿Eran estos relatos sobre ciudades y reyes fantásticas exageraciones destinadas a elevar el prestigio de las campañas militares que los españoles llevaban a cabo en el Nuevo Mundo, o eran, por el contrario, informes precisos y fidedignos sobre la vida social azteca?

La segunda suponía un gran desafío para los europeos: ¿De dónde procedían originariamente estos pueblos extraños, llamados «indios», que vivían en las nuevas tierras? ¿Descendían de Adán y Eva? ¿Eran absolutamente humanos y capaces de comprender las enseñanzas cristianas?

La tercera controversia, que aún hoy continúa, era si existían sacrificios humanos en la escala en la que informaban los españoles y hasta qué punto se practicaba el canibalismo. ¿Exageraron conscientemente los españoles respecto a los sacrificios aztecas para justificar su conquista militar de la ciudad o para ocultar la magnitud de sus propias prácticas violentas?

En este capítulo abordaremos la primera de estas cuestiones, y dejaremos el tema de los orígenes humanos en las Américas y el sacrificio humano para capítulos posteriores.

## El redescubrimiento científico del mundo azteca

Casi inmediatamente después de la caída de Tenochtitlan, se emprendió un agresivo esfuerzo de conversión que aniquilara la religión azteca y fuera reemplazada por una corriente del catolicismo que anunciaba el milenio profetizado al final del Nuevo Testamento. Un claro ejemplo de esta apasionada campaña para aplastar y transformar el equivocado y peligroso modo de vida azteca puede verse en este pasaje de la *obediencia* (exhortación e instrucciones) del fraile franciscano Martín de Valencia que les fue entregada a «Los Doce», misioneros enviados

a Ciudad de México en 1524 para comenzar oficialmente la evangelización de los indígenas. Empleando una serie de metáforas marciales que definían sus propósitos como una especie de guerra santa, su superior les imploraba que atacasen y derrotasen por completo a la diabólica locura del pensamiento y la cultura de los aztecas:

Id [...] armados con el escudo de la fe, y con la loriga de la justicia, con el cuchillo del espíritu de la salud, con el almete y la lanza de la perseverancia [...] y [que] a los pérfidos infieles esté patente el camino de la verdad, y la locura de la herética perversidad se desvanezca.

De hecho, cuando estos doce franciscanos llegaron a México, Cortés dispuso una escolta ceremonial que cubrió todo el camino desde Veracruz hasta la destruida capital de Tenochtitlan, a fin de que su llegada y sus propósitos pudieran ser contemplados en todos los lugares por donde pasasen triunfalmente.

Pero el proceso de conversión de los «pérfidos infieles» se topó con problemas cuando sacerdotes y laicos europeos comenzaron a conocer las lenguas y las enseñanzas filosóficas, y empezaron a transmitir sus mitos, canciones, historias y prácticas culturales de tiempos prehispánicos. Surgieron entonces un número significativo de textos que describían prácticas culturales, asentamientos, calendarios y mitologías indígenas de muchas ciudades-estado y comunidades rurales.

Un fraile franciscano, Bernardino de Sahagún, escribió una crónica del mundo azteca en doce volúmenes conocida hoy en día como *Códice Florentino*. Sus entre-

vistas con ancianos entre las décadas de 1530 y 1570 revelan un sofisticado mundo social, lingüístico y ceremonial en el que comerciantes y reyes, esclavos y guerreros, mujeres y hombres, granjeros y chamanes, sacerdotes y artistas, interactuaban para producir una opulenta sociedad urbana altamente estratificada e intensamente ritualizada.

Siguiendo el ejemplo de Sahagún, estudiantes y otros frailes recogieron y consignaron este tipo de conocimiento, pero hubo poderosas fuerzas culturales y religiosas en la sociedad colonial que trabajaron contra su propagación. Sin haberlo pretendido, Sahagún había producido una enorme cantidad de textos que, en opinión de algunos españoles, «preservaban» los conocimientos, la mitología y las prácticas culturales aztecas.

En los siglos XVI y XVII, mientras algunos misioneros y funcionarios recopilaban datos sobre la vida azteca, la mayoría de los habitantes indígenas sufrieron terribles enfermedades, además de ser obligados a proporcionar mano de obra barata y a hacer frente a los implacables esfuerzos evangelizadores. Estas presiones sobre las poblaciones indígenas debilitaron enormemente su bienestar físico y psicológico, e impiden llevar a cabo evaluaciones serias o razonables de la naturaleza y el alcance que tuvieron estas nuevas realidades sociales. Tal como afirmó el arqueólogo Eduardo Matos Moctezuma, excavador del Templo Mayor azteca, refiriéndose al México de finales del siglo XVI, «los aztecas parecían ser una civilización muerta, mientras que la sociedad de Nueva España cobró una vida vigorosa. El interés inicial por el pasado prehispánico dio paso a la confianza de que había sido enterrado para siempre».